

«Si las mujeres de teatro nos combaten—se dijeron—nuestra derrota es segura.» Y retrocediendo en buen orden, como un ejército que no puede presentar la batalla, aplazaron *sine die* la proyectada revolución.

¿Lograrán alcanzar igual éxito las tres gracias del manifiesto? Yo creo que sí, á condición de que las actrices apoyen el bello movimiento conservador.

—Una carta de Marcelle Lender en *Comœdia*, ó una crónica de Cecile Sorel en *Femina*, influye más en el mundo de la costura que diez artículos de Marcel Prevost y de Paul Adam—me decía ayer una modista ilustre.

Las comediantas, en efecto, son ahora las verdaderas árbitras de las elegancias, las verdaderas directoras artísticas del mundo, las verdaderas profesoras de gusto... Los críticos graves se quejan de esto, asegurando que, por cultivar las artes suntuarias, las Celimenas y las Agnes de nuestra época, descuidan la dicción y la mímica. Henry Maret, nada menos, ha escrito las líneas siguientes, que no me atrevo á traducir, por no quitarles carácter y acento:

«Aujourd'hui, quand vous confiez un rôle á l'une de ces demoiselles, elle ne songe pas une seconde á le comprendre ni á l'étudier: ou, pour mieux dire, elle ne le comprend et ne

l'étudie que relativement aux robes et aux coiffures qu'il lui permet; quand il ne les permet pas, elle les commande tout de même. Je ne me préoccupe pas de l'affaire au point de vue de la moralité, qui m'est indifférente, mais seulement au point de vue de l'art. Qu'arrive-t-il?

»Il arrive que la demoiselle, quand elle entre en scène, que la situation soit dramatique ou sentimentale, poignante ou grave, n'en est pas moins toujours la même et représente obstinément une gravure de modes. Que son amant se roule de désespoir á ses pieds, qu'elle soit elle même en danger de mort ou de déshonneur, qu'elle ait á pousser des cris et des sanglots, elle ne s'en émeut pas davantage. Elle vous débite sa petite affaire avec le sang froid d'une femme qui surveille son caraco et sa robe á queue, et qui se dit á part soi: Mon retroussé fait-il de l'effet?»

Así, pues, las *demoiselles de spectacle* han perdido el noble amor del arte y han adquirido la pasión desordenada de la elegancia.

El caso, sin duda, es para desesperar á todos los guardianes de las sanas tradiciones.

Pero para nosotros, los que cultivamos la frivolidad, por el contrario, la noticia es agradable. En vez de enseñar á articular de un modo impecable á las mujeres en general, las señoritas del Francés las enseñarán á vestirse

bien... En el cambio creo que el mundo sale ganando, pues nada es tan importante como la gracia exterior.

Una de las más gloriosas coquetas de la escena parisiense, la bella Cecile Sorel, contestando á un repórter que la interrogaba sobre sus proyectos para el porvenir, ha dicho:

—Deseo consagrarme al periodismo de un modo casi absoluto. Quiero ser cronista de elegancias. La elegancia es el arte que permite á la mujer probar su buen gusto y acentuar su originalidad. Este arte no cabe en ninguna fórmula, porque no obedece á regla fija ninguna. Es sutil y diverso, como la gracia femenina. Pero al lado de la elegancia, ó, más bien, á su servicio, se encuentra la moda, que pone su yugo en todas las blancas nucas, y que es una ciencia exacta, explicable y analizable. A la moda voy á consagrarme, segura de no ser inútil á mis hermanas las mujeres. Día por día, daré lecciones de estética suntuaria, y, aunque sea algo usado el clisé, permitidme que diga que mis artículos llenarán un gran vacío.

La célebre comedianta hace bien en consagrarse á defender los derechos de la estética femenina. Sus crónicas no harán sonreír á las modistas, como las de Marcel Prevost. Lo que ella diga, la rue de la Paix lo oír á con respeto, puesto que ella será siempre la actriz pari-

siense por excelencia, la que crea una moda con sólo adoptarla, la que sirve de modelo vivo para todas las suntuosidades armoniosas. Y si ella quiere adoptar las ideas de las tres damas que firman el manifiesto de la Línea, es muy posible que el cuerpo femenino se salve una vez más de la injuria de las faldas amplias y de los corpiños flotantes.

El amigo que me oye hablar de este modo, exclama:

—Tanto pueden, en efecto, las mujeres bellas y elegantes, que es posible que si unas cuantas se pusieran de acuerdo lograrían suprimir el terrible, el temible, el horrible corsé. Hasta hoy el corsé se ha mantenido triunfante, porque sólo los hombres han luchado contra él, pero en cuanto las mujeres emprendan también la guerra...

—Sólo que no la emprenderán—me apresuro á contestarle.

—Entonces—termina mi amigo—es porque no saben todo el daño que estética y fisiológicamente las hace ese armatoste.

¡Vaya si lo saben! Desde hace más de un siglo, todas están convencidas de que la cintura de avispa no tiene nada de agradable. Y en cuanto á la deformación física, ¿cómo no han de reconocerla ellas que, día por día, desde la niñez hasta la decrepitud, sufren los tormentos físicos causados por el terrible ins-

trumento de tortura? En los cafés-conciertos, donde se representa á menudo aquel muy antiguo y muy exquisito *Coucher de la Parisienne*, no se olvida sino un cuadro, y es el que nos debiera hacer ver á la heroína del drama mudo un momento después de haberse quitado el corsé. Entonces, os lo aseguro, sus labios no sonríen, sus ojos no expresan voluptuosos ensueños, su pecho no palpita de placer. Con sus manos crispadas y suaves, la mártir de la moda se acaricia las carnes heridas por las ballenas, por los lazos, por las telas rígidas. Luego, se contempla en un espejo y ve con profunda tristeza que la dura coraza ha dejado en su talle marcas rojizas. Y, fatalmente, entonces, sus bellas pupilas lanzan una mirada de odio hacia el corsé que yace abierto é informe, cual una fiera desventrada, sobre una silla. Sólo que ¡ay! ni estos dolores, ni ningún dolor, harán ceder un punto á las heroicas hermanas nuestras en su coquetería.

La amenaza misma de la muerte las deja indiferentes, cuando se trata de no perder uno de los fueros de la elegancia. ¿Hemos olvidado, acaso, aquellas lamentables hecatombes del invierno de las *maravillosas* y de las *increíbles*, en tiempo del Directorio francés? Las parisienses no llevaban entonces sino trajes ligeros como nubes. Querían parecer ninfas griegas. Querían ser ideales divinamente y

hacerse con un cendal clarísimo una especie de himatión jónico que velara apenas sus cuerpos, poniendo en evidencia sus más bellas curvas. En vano la Iglesia y la Facultad, unidas por un día, fulminaban contra tal locura. Desdeñosas y olímpicas, ellas, las divinas ninfas vivas, seguían su carrera hacia la muerte. «Casi desnudas — escribe un sabio de la época, el doctor Desessartz—expuestas á la inclemencia de los vientos, van en carrozas descubiertas á pasearse por los jardines mientras dura la luz, y luego se reúnen en salas de espectáculos ó en salones de charla, donde el aire está caldeado con exageración. Al marcharse á sus casas el frío terrible las sorprende en sus desnudeces y las castiga con crueles males de pecho.» Cada mañana, en efecto, alguna pulmonía célebre hacía ver la locura de querer aclimatar la moda griega en un clima bárbaro. Las más lindas *maravillosas* morían de un resfrío. Un terror color de rosa, más terrible que el negro terror de años antes, reinaba en las familias. Ni aun en medio de la noche, al salir de los bailes, consentían las damas en ponerse abrigos de pieles. ¿Acaso eran ellas bestias feroces para vestirse de pelos? Ninfas eran, y, como tales, se envolvían apenas en un chal transparente.

Hablar de higiene á las coquetas es predicar en el desierto. Los señores médicos pare-

cen comprenderlo, y por eso, en vez de cuadros como aquellos que solían publicar sus abuelos, y en los cuales se veía un esqueleto femenino con todas las deformaciones causadas por el corsé, se han decidido á recurrir al argumento de los carteles que demuestran cuán más bello es un cuerpo libre que un cuerpo oprimido. «Ved las estatuas, ved los cuadros célebres—dicen—y comparadlos con las fotografías *d'après nature* que se encuentran por todas partes.» Las mujeres ven y comparan.

—Es cierto—confiesan luego—: entre la Venus de Milo y Carolina Otero, la primera es más linda.

Pero, capciosas, agregan:

—Sería, sin embargo, necesario ver á la señora Venus vestida.

¡La Venus de Milo con un traje de la rue de la Paix!... ¡La Venus de Milo con un sombrero inmenso y unos botines Luis XV!... ¡La Venus de Milo frufrutante, entre sedas y encajes!... Es necesario, verdaderamente, poseer una imaginación diabólica para evocar esta imagen. Pero las mujeres tienen razón en hacerlo, ya que los adversarios de lo moda se empeñan en humillarlas perpetuamente comparándolas con diosas de mármol. En buena y estricta lógica, no hay medio de establecer paralelos entre la belleza antigua y la belleza contemporánea.

Nuestra época ni siquiera siente por la verdadera belleza femenina una devoción muy grande. Lo que Marcel Prevost llama *le crash de la beauté*, es una verdad universal. Más que las líneas majestuosas y perfectas, nos seducen los encantos de lo bonito, de lo gracioso y lo elegante. Lo mismo que nuestros abuelos del siglo XVIII, encontramos que lo bello absoluto tiene algo de demasiado solemne. Pero en vez de preferir, como ellos, lo espiritual, buscamos lo gentil y lo raro. Una Venus viva, igual á la de Milo, no nos obligaría á arrodillarnos ante su esplendor. Tampoco una marquesita de las que, en tiempo de Watteau, sonreían con malicia y hablaban con ingenio.

Nuestro ídolo es otro y es muy otro. Su mayor cualidad y su mejor preocupación es la elegancia ó el *chic*, como se decía antes. Peinada con una ciencia impecable, calzada con un arte admirable y vestida con un refinamiento increíble, parece una muñeca nerviosa hecha para ondular entre rumores de sedas y nubes de aromas.

■ Sus excentricidades mismas contribuyen á su éxito. Viéndola esconder toda su cabecita rubia ó morena bajo un sombrero monstruoso, sonreímos con la misma complacencia con que sonríen los padres ante las travesuras de sus hijos mimados. «Están locas—exclama-

mos»; Mas, en vez de oponernos á sus locuras, las fomentamos con nuestras adulaciones admiradoras.

Encima del sombrero fenomenal las ponemos plumas de mil francos, adornos de mil dólares, encajes de mil luises. ¿No vivimos en un mundo en que el precio aumenta el prestigio de las cosas?... Pues hay que tratar de que la *toilette* sea lo más caro posible. Nuestro ídolo es un icono cubierto de materias preciosas que, en apariencia, son materias humildes.

Esa paja trenzada groseramente, ese lienzo que parece estameña, esos adornos que apenas se ven, valen tanto como los tejidos de oro de las damas de antaño. Los corsés mismos, los odiosos corsés contra los cuales se fundan ligas, alcanzan precios relativamente fabulosos con sus simples ballenas y sus duros broches. Porque lo que se paga es el arte, y nuestras corseteras, lo mismo que nuestras costureras, lo mismo que nuestras sombrereras, son artistas. Sin ellas, el conjunto de la elegancia no lograría nunca su perfección. Lo que ellas hacen responde á una estética general.

Ellas suprimen el pecho ó las caderas, conforme la moda lo exige. Ellas dan á la silueta femenina la forma de un cuarto de luna en su menguante, ó el aspecto de un lirio.

Ellas son, no las hadas, pero sí las brujas de la vida elegante. Y cuando los señores de la liga gritan, amenazan y se exaltan, ellas, so-carronas, sonrñen suavemente.

¿Cómo, en efecto, ha de desaparecer el corsé cuando todos los efectos residen en sus ballenas? Oid hablar á las mujeres más serias y más bellas, oid hablar á las más puras, á las más modestas, á las más francas, y veréis que todas os dicen, no sin cierta melancolía:

—Para los trajes modernos el corsé es indispensable.

Insistid en combatirlo. Decidles que á causa de tal instrumento de tortura, sus cuerpos se deforman. Decidles, más aún, que no sólo sufren en sus cuerpos, sino también en sus hijos, por culpa de la terrible coraza. Decidles todo lo que la Liga manda decir. Repetidles las frases del doctor Robin, que cada día es más terminante, y las del poeta Haroucourt que cada vez es más cáustico, y las del escultor Saint Marceau, que cada año es más intransigente... Leedles tratados de higiene y tratados de anatomía. Probadles que al disminuir las inspiraciones pulmonares, disminuyen sus recursos vitales, y que al oprimirse el tórax se preparan una vejez dolorosa. Llamad, en una palabra, en vuestro auxilio á todos los que han lanzado los anatemas contra el suplicio femenino.

—Es cierto—os centestarán todas—, es cierto.

Pero un momento después, irán á apretarse un poquito más los cordones de sus corsés, para tratar de parecer tan delgadas de talle cual la vecina.



EN CASA DE ANATOLE FRANCE

ANATOLE France recibe los miércoles por la mañana entre diez y doce. Sentado en un alto sitial, acoge á sus amigos con una cortesía campechana. Para cada uno encuentra, sin esfuerzo, la frase que halaga y el gesto que bendice. Sus ojos vivos, sonríen tanto como sus labios. Sus manos, en las que luce discretamente una sortija blasonada, conocen los misterios untuosos de los nobles ademanes caros á la Iglesia antigua. Su hopalanda amplia y obscura es de corte talar, como su birrete de terciopelo rojo, es de aspecto cardenalicio. Su misma perilla blanca hace pensar en aquellos grandes señores que, cual Richelieu, servían á Dios sin detestar al diablo.

Así, cuando alguien me dijo anoche con extrañeza que para sus conferencias de Buenos Aires el maestro ha escogido como asunto

único, la vida y la obra de Rabelais, no pude menos de exclamar:

—¡Es que quiere hablar de sí mismo de un modo indirecto!

Y viendo que hoy es miércoles, allá me voy á la villa Said, muy tempranito, muy tempranito, para poder llegar antes que los parroquianos habituales de la docta tertulia.

Un viejo ayuda de cámara, de rostro de curial, me introduce en el salón desierto, rogándome que espere con paciencia, pues *monsieur* está acabando de vestirse.

—No será más de un cuarto de hora— agrega.

Aunque hubiera sido una hora, no habría yo perdido la paciencia entre los tesoros de este museo, sobre el cual podrían escribirse dos tomos más gordos que aquellos celeberrimos que los Goncourt consagraron á su casa. Cada butaca, cada silla, cada mesa, cada armario, es una obra única, una *pieza de colección*, un mueble histórico.

El gran escritor ha traído estos objetos de sus excursiones, con el mismo amor con que los romeros traen reliquias de Tierra Santa.

—«Vea usted ese taburete—suele decir—. No es una obra muy bella, pero es un testigo de escenas deliciosas. La reina Margarita puso en él su pie caprichoso.» Junto al taburete de la

autora del *Heptamerón*, se ve una estela de mármol griego arrancada á una tumba del Cerámico. Muy cerca, una gárgola gótica gesticula, abriendo sus fauces de monstruo. Sobre la mesa, una máscara mortuoria cierra sus ojos ciegos... ¿Es Bonaparte?... ¿Es Lamartine?... ¿Es un amigo ó un pariente?... En la sombra apenas se distingue un perfil puro y vago... En un armario, una colección de dalmáticas brillan con sus oros y sus sedas, hablándonos de antiguas pompas sacerdotales. Luego, en los muros, se ven azulejos traídos de España, fayenzas de Túnez, porcelanas de Italia... De todas las épocas y de todos los países hay aquí algo. Aquel bronce debe ser florentino... aquel fragmento de armadura, de fiijo, es alemán... ¿Y aquellas sedas admirables que caen en armoniosos pliegues, ostentando sus ramajes de hilos de plata y sus incrustaciones de pedrerías? Yo me figuro que es el manto de alguna Virgen de Toledo ó de Segovia, de esas que tienen más joyas que la bella Otero y más trajes que Cecilia Sorel... Sí, de seguro es un trapo divino... Aquellos encajes, en cambio, son mundanos y guardan todavía un aroma exquisito de galantería cortesana, de aventura amorosa, de intriga perversa... ¡Con cuánta voluptuosidad debe el buen maestro respirar sus emanaciones de recuerdo rubio!... ¿Y aquel brazalete?...

El ilustre escritor me sorprende en mi indiscreta inquisición.

—Venga usted por este lado en donde hay más luz—exclama—. Venga usted para que charlemos de Buenos Aires... de esa Buenos Aires que tanta impaciencia tengo por ver...

Así hablando, siéntase en una butaca de terciopelo encarnado y cruza los brazos como un buen abad que se prepara á oír una confesión.

—¡Esa Buenos Aires!—repite.

En seguida, entrando de lleno en el asunto que me interesa, dícame...

—Lo más indispensable es tranquilizar los espíritus... Yo soy enemigo del escándalo, ya usted lo sabe... Y además en el caso presente se trata de buena educación, pues al fin y al cabo cuando uno va á una casa ajena lo primero es no decir malas palabras... Y le aseguro á usted que no las diré... Eso puede usted jurarlo en mi nombre... Nada indecente, nada escabroso, nada grosero... Antes de embarcarme expurgaré mi texto como los inquisidores expurgaban los Evangelios... No por eso ha de perder nuestro buen fraile ni sabor, ni color, ni olor. Lo único que perderá es obscenidad ó mejor dicho grosería, ya que realmente, más que un autor escabroso, es un autor grosero, un gran decididor de bromas escatológicas... Perdiendo esto, ganará ami-

gos y sobre todo amigas... Yo quiero que todas las damas puedan asistir á mis conferencias... El asunto, aunque en apariencia es monótono y estrecho, en realidad es amplio, ya que la influencia de Rabelais se encuentra en los más grandes libros de Francia, en los cuentos de La Fontaine, en las comedias de Molière, en los opúsculos de Voltaire, en...

—En el libro de los *Pinguins*—exclama un joven de rostro barbilampiño que acaba de entrar y que viene á sentarse junto á nosotros.

—Mi secretario, Juan Jacobo Brousson—dice el maestro presentándole—. El, aunque no conoce Buenos Aires, está tan relacionado con la colonia argentina de Paris, que no se encontrará *depaysé* allá, á donde también va, conmigo, para dar conferencias sobre Rousseau...

—En efecto—contesta Brousson—, yo acompaño al maestro y para no perder el tiempo, también hablaré... sólo que, naturalmente, no tengo ninguna esperanza de que la gente acuda á oírme... En el mismo mes de junio tendrá Buenos Aires á mi patrón y á Blasco Ibáñez.

—¡Blasco Ibáñez!—exclama Anatole France—¡Blasco Ibáñez!... ¿no es el autor de una novela que se titula *Terres Maudites*?

—El mismo...

—Es uno de los más admirables artistas de Europa... Me gustará conocerlo... ¡Lástima que yo no sepa bastante español para poder oír sus conferencias!... Si habla de Cervantes, sobre todo, me encantará saber lo que dice... ¿Hablará de Cervantes?... Si yo fuera español, en vez de hablar de Rabelais hablaría de Cervantes... Los clásicos españoles son interesantísimos y nosotros les debemos toda una época de nuestra literatura y toda una familia de nuestros héroes... Ultimamente he visto, en un libro de Vezinet, lo que Moratín tomó de Molière; pero como Molière mismo se había pasado la vida pillando á los autores castellanos, el buen español vengó á sus abuelos. El mismísimo Tartufo, que tan nacional nos parece, en Francia, no es, en realidad, sino un tal Montúfar de la novela tragicómica de Salas Barbadillo titulada *La hija de Celestina*, que fué impresa en Zaragoza en 1612. Este es un ejemplo como hay mil en nuestro siglo XVII... Mas claro está que cualquier español lo sabe mejor que yo... En América, sobre todo, según me han asegurado, los estudios relativos á la España antigua son muy interesantes...

Brousson, dirigiéndose á Anatole France, le dice:

—Yo soy quien le ha dicho eso á usted...
Luego, hablando conmigo:

—Lo que me hace ver que en la América española se cultivan mucho los estudios españoles antiguos, es la novela del señor Larreta, titulada *La Gloria de Don Ramiro* y en la cual he encontrado la más admirable reconstitución de la vida avileña en tiempo de Felipe II. Mi amigo Remy de Gourmont que está traduciendo al francés esa novela, cree lo mismo que yo. Y él conoce el asunto á fondo...

Anatole France sonríe con su buena sonrisa que le arruga toda la cara. Sus blancos dientes no parecen tener tantos años como sus bigotes blancos.

—Aunque soy viejo—dice—estoy impaciente por embarcarme, lo mismo que si fuese un niño... Los viajes son, tal vez, lo único que no cansa... Se va uno hacia tierras desconocidas con la vaga esperanza de encontrar, no diré la dicha, ya que eso no existe sino en los libros de nuestro querido Finot, pero sí la ilusión de la dicha, de una dicha pasajera y vivaz, de algo como una nueva vida... Porque no hay duda de que al hallarnos en una ciudad nunca vista, donde la gente no habla nuestra lengua, donde nadie anda como nosotros, donde ni siquiera hay un sol y un cielo como el de nuestra patria, sentimos de un modo vago y delicioso la impresión de una nueva existencia.. Yo tengo recuerdos de

todas mis excursiones, y más tarde haré tal vez con ellos un librito... Las cosas nimias son las que más nos impresionan. Nuestra propia vanidad se hace más infantil y por ende más contentadiza, más ingenua y menos hosca. Lo que aquí nos chocaría, allá lejos nos encanta... Así un día, en Atenas, yendo á poner un telegrama, vi que el empleado, después de leer mi firma, me examinó con gran atención. Luego me preguntó si aquel Anatole France era el mismo que escribía libros en francés. Cuando le hube dicho que sí, abrió un cajón de su mesa, sacó un ejemplar bastante sucio del *Lys Rouge*, y me dijo, con una humildad enternecedora, que no se atrevía á pedirme que le escribiera mi nombre en la primera página. Luego, malicioso, agregó: «Lo que voy á hacer, aunque me exponga á que me castiguen, es quedarme con el original del telegrama este y no dejar más que una copia en la oficina.» Claro que le escribí una dedicatoria muy amistosa... Otro día, en Madrid, paseándome por una de esas grandes calles que están cerca de la Puerta del Sol, encontré una vidriera de librero en la cual vi tantos libros franceses como españoles... Todos estábamos ahí... Y la tienda no era de ningún paisano nuestro, sino de un señor hidalgo que se llama, si mal no recuerdo, don Fernando de la Fe... Con pretexto de comprar una guía

de la ciudad, entré en la tienda y emprendí una larga charla con un dependiente que hablaba muy bien francés:

—¿Qué es lo último recibido de París?— preguntéle.

—Una novela de Georges Ohnet—contéstome.

—Ese—le dije yo—debe ser el francés más popular aquí.

—Popular es—terminó—, pero no tanto como Anatolio Francia.

Y yo no sé si me encontrarán ustedes demasiado inocente, pero aquella frase en la que mi nombre sonaba pomposamente traducido al español á la manera del Renacimiento, me causó más satisfacción que un elogio académico de Brunetiere...

—En Buenos Aires —le dice Brousson—, no podrá usted andar así á caza de piropos, querido maestro, pues desde que llegue le llevarán á usted en andas, como los ingleses á Madame Recamier. Además, nos faltará tiempo para el trabajo, para las fiestas, para los banquetes...

—Es cierto—exclama Anatole France, poniéndose serio y arrugando la frente—, es tristemente cierto... No quiero decir que sea cierto lo de las andas, pero sí que en seguida me conocerán y que no podré ir como un buen burgués por las calles, curioso de todo... Ya

en Roma y en Florencia, donde la gente es tan amable, el incógnito completo resulta imposible, y eso que ahí no hago conferencias... En la América española el carácter es entusiasta... Ya Moreno me ha prevenido que es preciso llegar con un estómago dispuesto á todos los excesos... Desde Lisboa comenzaremos á banquetear, según acaba de decirme el señor Carvalho .. Al fin y al cabo, yendo en calidad de ministro de Pantagruel, nada pantagruélico puede espantarme...

El rostro del maestro ha tomado un aire malicioso y socarrón que es el que conviene al historiador de Rabelais. Sus manos ya no se acarician, sino que se frotan una contra otra. Su nariz diríase que husmea voluptuosamente un rico plato de perdices con coles, como aquellos que, en la Taberna de la Reina Pedauque, sacaban de quicio al reverendísimo abate Coignard y á su discípulo Jacobo Tournebroche.

¡Tournebroche y Coignard! Apenas he pensado en estos dos seres, y ya me parece tenerlos presentes en las personas del gran novelista y de su vivaracho y cortés secretario. Cuando el maestro habla á su discípulo, lo hace con la misma suavidad paternal con que el buen abate daba lecciones de cosas humanas y divinas al hijo de su pupilera. Cuando es el discípulo quien se dirige al maestro, nó-

tase en su palabra, en su mirada y en su sonrisa, una mezcla encantadora de veneración y de familiaridad. Yo me figuro que más tarde, lo más tarde posible, el día que el ilustre gran señor de las letras francesas haya desaparecido de entre los hombres para ir á dialogar en los Campos Elíseos con sus amigos más íntimos que son Rabelais, Montaigne, Voltaire y Renán, el joven secretario, entonces académico y comendador de la Legión de Honor, escribirá una historia que comenzará de esta guisa: «Mi maestro era un hombre lleno de ciencia y de conciencia. Si hubiera tenido el alma menos inquieta, habría igualado en virtudes al mismísimo cardenal arzobispo. Pero hoy es de justicia confesar que, agitado y todo, tuvo, entre las vicisitudes de su vida, la ventaja de no hacer nunca nada contrario á la piedad, lo que el cardenal arzobispo no logró. La grandeza de su espíritu era igual á la de su alma.»

—Volviendo á Rabelais—dice de pronto el maestro—, lo primero que trataré de hacer es excusarlo de sus enormidades de lenguaje, que, al fin y al cabo, son tan de su siglo como suyas. Tendré que estudiar, en mis conferencias, su estética, que es más noble de lo que se cree. Además tendré que estudiar mil problemas históricos muy interesantes. Así, por ejemplo, casi todos los biógrafos del gran au-

tor lo acusan de haber pecado contra la Iglesia mostrándose bastante hereje en sus discursos. Pues bien: este no es más que un error de perspectiva. Cuando escribió Rabelais sus libros, el concilio de Trento no había aún legislado sobre ciertos casos, y no era pecado todavía lo que un siglo después lo fué... Sus chanzas contra los frailes son tan comunes en el siglo xv, que hasta los más ortodoxos las emplean... Nuestra buena tierra de Francia ha sido siempre irreverente en apariencia y muy respetuosa en el fondo. No hay, en realidad, en toda Europa un pueblo tan fácil de gobernarse como el nuestro, y al mismo tiempo no hay un pueblo en el mundo que más inquieto parezca. Nuestros partidos políticos...

El maestro se detiene antes de terminar la frase. Sus manos cardenalicias se crispan en los brazos de la butaca. Su frente se arruga.

—No hay que hablar de eso—exclama al fin.

Y su voz, al pronunciar estas palabras, me sorprende por su dureza y por su sequedad; su voz, por lo general tan profunda y tan velada, tan armoniosa y tan grave.

El joven secretario Brousson interviene de nuevo, diciendo:

—Hay admiradores del maestro convencidos de que al ir á hablar ante un pueblo joven, debiera llevarse sus odios y amores po-

líticos... Estos le aconsejan que, en vez de hacer conferencias sobre Rabelais, complete sus discursos cívicos contra el clericalismo, contra la tiranía, contra el partido militar. Pero claro que ni siquiera un instante ha pensado en hacerles caso. Invitado por una ciudad elegante y culta, no quiere sino charlar de cosas gratas. ¿Qué les importan allá las luchas políticas de aquí? Además cuando uno sale de su hogar, lo mejor es dejar los rencores de cualquier clase que sean, y no llevar sino el eco de las labores de amor y de paz... No crea usted que han faltado tampoco los literatos empeñados en que las conferencias de Buenos Aires sean consagradas á propagar las nuevas ideas literarias. Puesto que este hombre va á hablar en nombre de la Francia moderna, dicen, lo natural es que haga conocer los productos que hoy se fabrican y no los vejesterios...

Anatole France, que sonríe de nuevo con su buena sonrisa, mueve la cabeza aprobativamente.

—¡Los jóvenes!—exclama al fin—. ¡Los jóvenes!... Pues claro que llevan razón al tratar de imponerse y al querer obligarnos á pensar en ellos... Pero yo no tengo ni tiempo, ni humor para seguir paso á paso el desarrollo de los nuevos talentos. Por eso desde hace más de doce años abandoné mi puesto en las avan-

zadas de la crítica, después de proclamar el triunfo de Barrés y de Moréas, que entonces aún no habían triunfado. Ahora, los de la última generación vienen á pedirme consejos, y yo que no doy gran importancia á las tendencias revolucionarias en literatura, porque sé que al cabo de los lustros y de las canas todos llegan á hacerse conservadores, me contento con aconsejarles que cultiven con amor nuestra lengua. La lengua clara y rítmica, en efecto, he ahí lo único indispensable para comenzar. Yo, cuando veo que la juventud cuida su lengua, me regocijo, y cuando creo que la deforma, me inquieto pensando en el porvenir, pensando en que un día nadie hablará bien nuestro dulce idioma. Porque, pese á Wells, quien nos asegura que el francés será siempre el habla predominante en el mundo entero y que á la larga se impondrá como medio de comunicación internacional, no estoy muy seguro de ello... Yo no estoy nunca muy seguro de nada... En esto, sobre todo, hay tan tristes ejemplos en la historia, que toda presunción es loca. ¿No vemos, en efecto, cómo muere el latín?... Entre nosotros mismo, ¿no vemos cómo se transforma el francés á través de los siglos?... En la época en que la imprenta era de invención reciente, la variación es visible año por año. Luego en la época en que hubo una especie de fiebre de cultura,

cuando en cada esquina se fundaba una tertulia literaria, el cambio parece muy lento, casi invisible. Abra usted un libro del siglo xvii y verá que todo es igual ó casi igual á lo de hoy. En cambio, la gente del siglo xvii apenas podía ya entender lo escrito en la primera mitad del siglo xvi. Algunos clásicos de tiempos de Luis xiv, notando esta diferencia de lenguas, creían que Rabelais había empleado de intento un habla arcaica.

Aprovechando la coyuntura, le pregunto á Anatole France si no teme que esta cuestión de la lengua haga poco comprensibles los pasajes de Rabelais que se propone leer en sus conferencias.

—Por mi parte—le confieso—yo no entiendo ni una sola página de *Los cuatro libros de los dichos y hechos heroicos del noble Pantagruel*.

—Sin duda—me contesta—, sin duda es difícil no citar párrafos enteros, y al mismo tiempo es peligroso citar lo que la gente no comprende... Pero yo he notado que Rabelais es mucho más fácil de entenderse cuando se oye que cuando se lee. Gran parte de su obscuridad, en efecto, está en la ortografía de aquella época, tan llena de letras inútiles. Y por otra parte no tengo inconveniente en faltar al respeto á los señores tradicionalistas empedernidos poniendo palabras comprensibles en

vez de palabras que ya nadie entiende, al leer algunas páginas de mi autor. Lo que yo quiero, es explicar su espíritu y el espíritu de su obra, y no su lengua. Al fin y al cabo yo no voy á conferenciar como gramático, sino como historiador, como curioso de grandes acontecimientos literarios ó sociales. Y Rabelais corresponde á una y otra cosa. En su tiempo, aparece cual un ser sobrenatural que encarna todos los defectos y todas las cualidades de la sociedad en que vive. Su tiempo es refinado, grosero y pedante. El es pedante, grosero y refinado, admirable y exquisitamente. Su genio es de los que desconciertan. Cuando uno busca defectos en su obra, encuentra todos los que quiere y aun todos los que no quiere. Es al mismo tiempo un gran cuerdo y un gran loco; es natural y artificioso; es fino y vulgar; está lleno de contradicciones, de caídas y de hallazgos. Su estilo es prodigioso y hace ver las cosas agrandadas, enormizadas mejor dicho. Escribe con una espontaneidad antes nunca vista. Escribe como nosotros andamos. Sabe todas las palabras y las enhebra en collares lucientes y sonoros que parecen hechos para adornar pechos de gigantas. Cuando uno de sus héroes insulta, su discurso es un diccionario de improperios. Antes que inventaran la *ivresse verbal* nuestros buenos simbolistas, ya se embriaga Rabelais con las frases como

con un vino sutil y llega á hablar por hablar, juntando sonidos en aliteraciones sin sentido. Pero como no es serio ni solemne, no pretende modificar la sintaxis, sino que, por el contrario, está lleno de buen humor y de alegría, y no quiere sino divertirse y divertirnos. Su filosofía es consoladora y natural. Cuando un personaje suyo pierde á su mujer, en vez de llorar piensa que la buena señora estará mejor en el cielo que en la tierra y que allá pide á Dios que lo bendiga, lo proteja, lo enriquezca y lo regocije... En cuanto á sus groserías, casi son infantiles, de puro gordas. Pero ya le he dicho á usted que las velaré ó las suprimiré, pues quiero que vayan á oirme las señoras y aun las señoritas y que no tengan por qué ruborizarse... No se olvide usted de decirlo..

En este mismo instante un reloj antiguo, que el maestro encontró sin duda en alguna sacristía de antigua iglesia lugareña, hace cantar diez veces á una paloma de marfil que sale de una puertecita ojival.

—No tardarán en venir los amigos exclama el joven Brousson.

Y en efecto, el primero que entra es un caballero muy menudo, muy sonriente.

—¡Buenos días, Finot! — dícele Anatole France.

Luego agrega:

—¡Qué admirable libro ha publicado us-

ted... ¡La ciencia de la dicha!... Eso sí que es una ciencia digna de estudio... Yo me voy á llevar el tomo para volverlo á leer en el mar...

Jean Finot le dá las gracias.

Y entran otros, y otros, y otros caballeros. Para cada uno el maestro tiené una frase amable. A todos les habla de lo que más les puede interesar. Pero como la hora de Rabelais ha pasado, yo me marchó acompañado por Brousson que me dice en la puerta:

—¡Tengo unas ganas de que llegue Junio!... Buenos Aires es para mí una tentación muy grande... ¡Son tan amables los argentinos!... ¡Y son tan lindas las argentinas... tan lindas!



LA DULCE THAIS

MIENTRAS el buen maestro Anatole France habla de Pantagrúel y de Gargantúa, uno de los sabios más artistas, Albert Gayet, nos refiere la verdadera leyenda de Thais. Y claro está que tal leyenda no es exactamente igual á la linda anécdota de pecado y de suntuosidad que el novelista moderno escribió, diez ó doce años ha, para nuestro regocijo. No, no es igual. La realidad nunca es igual á la poesía, por lo cual más vale olvidar la realidad. Pero en el caso presente el demolidor Gayet tiene una excusa y es la de vengar al pobre Barba Azul, desacreditado por un libro que acaba de aparecer y cuyo autor es nada menos que el mismísimo Anatole France. «No creáis—nos dice este libro—, no creáis que el hombre de la llave misteriosa fué de veras un marido sanguinario. Al contrario. Fué un pobre señor que se dejó engañar por todas sus mujeres y que murió asesinado por

los hermanos de una tal Ana. Creed lo que os digo. No le hagáis caso al fantástico Perrault. Y si hemos de ser francos, el sabio Gayet se muestra en su venganza de una moderación exquisita, pues lejos de arrebatarse á la cortesana de Alejandría todas sus galas para dejarla convertida en una maritornes de mala conducta, como aseguran algunos que fué, contentase con modificar y con suavizar los detalles de su vida. ¡Ya quisiera Barba Azul que su nuevo biógrafo lo hubiera tratado de igual modo!

Mas dejemos al cruel señor de Retz.

¿En qué época nació la historia de Thais?... ¿En dónde se habló por la primera vez de su mala vida y de su buena muerte?... El sabio Gayet remonta hasta los *Apophthegmate* del siglo vi para buscar á un fraile que convirtió á una cortesana, y nos asegura que esta cortesana es la que en nuestros días ha llegado á la celebridad espléndida, gracias á las galas con que Anatole France la ha engalanado. Pero antes de tal esplendor, su camino ha sido modesto. Los historiadores de la Edad Media, en efecto, la colocan lejos de Alejandría en un *Komé* de las márgenes del desierto. Así, pues, nada de palacios admirables, nada de muebles riquísimos, nada de legiones de esclavas. Una cortesana de aldea, de un *Komé* egipcio, no puede ser muy lujosa. Sus amigos los arrieros que pasan por su casa le

traen, sin duda, de sus largos viajes, telas vistosas compradas en los bazares asirios y joyas de bronce encontradas en las tiendas de los artistas sudaneses. Sólo que eso no es para deslumbrar ni á un pobre solitario como aquellos que en la vecina Tebaida hacían la vida de los chacales y no veían más lujo que el del sol de la tarde cubriendo de raudales de granates el inmenso espacio desierto. Y si un solitario no se hubiera deslumbrado, menos aún el verdadero salvador de Thais que es un taumaturgo renombrado en todos los pueblos de Oriente y popular entre la gente noble de Bizancio. ¿Me preguntáis si hablo de Pafnucio? No. El Pafnucio de Anatole France es una pura invención. El verdadero héroe del mito medioeval, se llama Serapión. En este punto, todos los autores están de acuerdo, si hemos de creer al sabio conferencista parisiense que ha consultado los más graves centones conventuales, Serapión—dicen las *apophthegmate* ya citadas; Serapión se lee en *Vitæ Patrum*; Serapión escriben los redactores de las *Acta Martirum et Sanctorum*; Serapión, repite el *Paradisus Patrum*; Serapión, encontramos en la historia *Lausiaca*. Así, no hay que dudarlo, el salvador de Thais se llama Serapión y es milagrero vagabundo. Un día, deseoso de convertir á toda una tropa de histriones paganos que recorren el país egipcio escandalizando

á los buenos padres de familia, se vende al empresario como esclavo por la suma de veinte escudos de plata. Al cabo de poco tiempo el hijo de uno de los histriones muere.

«No lloréis—díceles el religioso—no lloréis.» Y con un gesto de su mano santa, resucita al niño. Luego, devolviendo los veinte escudos, confiesa á sus dueños que si entró á servirlos fué para hacerles ver el camino de la fe. Naturalmente la tropa entera conviértese á la fe de Cristo. Satisfecho de su obra, Serapión encamínase hacia Bizancio con objeto de fundar un gran monasterio. Una vez el monasterio terminado, penetra en un templo de Diana en el momento en que el hiparca Hermógenes celebra una fiesta pagana y hace que con sólo la fuerza de su elocuencia fogosa los ídolos caigan al suelo rotos en mil pedazos.

Todos en la asamblea se convierten, menos la hiparquesa. Para castigarla de su terquedad, el taumaturgo la enferma. Luego la cura para convertirla. Al cabo de cierto tiempo, cansado de la vida cortesana, vuelve á Egipto. En un desierto encuentra á un solitario que no ha visto á ningún hombre desde hace treinta y ocho años y que no ha bebido nunca agua dulce. Con objeto de recompensarlo de su larga paciencia, convierte en claro manantial un pozo medio salado. Sintiéndose viejo, se

retira á un convento de Pakhomo, pero antes, al pasar por una aldea, convierte á una cortesana. Y cuando llega el día de su muerte, tranquilo, suave, seráfico, casi contento de sí mismo, abre la ventana de su celda para ver á San Antonio que lo llama desde el Paraíso. La figura, si no me engaño, es mucho más simpática en esta realidad milenaria que en la fantasía moderna de la novela. Para hacer á su héroe grande cual un símbolo, nuestro maestro Anatole France creyó necesario acumular en su alma todas las virtudes sobrehumanas del misticismo antiguo. Lo mismo que un San Simeón obligólo á vivir en lo alto de las columnas de templos en ruinas; lo mismo que un San Antonio, le hizo alojarse en las tumbas abandonadas; lo mismo que un San Pablo el Ermitaño, lo hizo llevar una existencia de soledad en medio de las fieras durante años y años. Luego, queriendo darle relieve, lo llenó de orgullo. Mas á decir verdad, con tantas virtudes y tanta soberbia, Pafnucio nos emociona menos que Serapión.

En cuanto á Thais, ya es diferente. La de la leyenda es muy emocionadora, sin duda, con su vicio humilde, con su belleza, con su lujo primitivo. Pero la de la novela es seductora entre las seductoras, porque tiene todos los encantos diabólicos con que el poeta ha sabido adornarla. Ahora, si me preguntáis cuál,

entre las dos, me es más simpática, en verdad casi no sé qué responderos. Pero lo que sí os puedo decir, después de haber oído la docta conferencia de Gayet, es que apenas se parecen la una á la otra. La obscura, la legendaria, la que de no existir poetas y pintores en el mundo aún dormiría su dulce sueño entre los cronicones eclesiásticos de la Edad Media; la dulce hetaira á quien unos llaman Paisia y otros Taisa; la convertida sin orgullo y sin pompa, es adorable cual una flor silvestre, llena de sutil aroma. En sus ojos hay algo de la inconsciente impureza de Santa María Egipciaca. Sus manos sin aristocracia, sus pobres manos un poco rudas, no se crispan con distinción patricia, al unirse por primera vez en un gesto de divina adoración. Habiendo sido creyente desde su niñez, lo único que la sorprende, al ser llamada hacia la vía del arrepentimiento, es que la miseria haya podido tanto que hasta la haya hecho pecar. Sus únicas palabras, al llegar al perdón, son: «Quiero hacer penitencia.» En cambio su hermana de lujo, la heroína de Anatole France, la soberbia pecadora de Alejandría, sabe la importancia terrible que su cambio de vida ha de tener en los siglos de los siglos. Antes de abandonar la ciudad de sus culpas, quiere dar un último espectáculo de grandeza y quema en plena pla-

za pública, ante el pueblo atónito, todos sus tesoros. Luego se corta la bella cabellera con un justo y vanidoso sentimiento de sacrificio. Y cuando penetra en el seno de la Iglesia, inclinase de un modo algo teatral cual si ofreciera su blanca nuca al hacha del holocausto. Así, pues, si queréis, admiremos más á Thais que á Taisia; pero amemos más á Taisia que á Thais.

La leyenda que más popular fué en la Edad Media, entre las muchas relativas á la cortesana convertida por un fraile, es la que conservó Zacarías con el título de *Paisia la Pecadora*. Como apenas llena una página y como es una de las más lindas historias que hemos oído de labios antiguos, voy á traducirla literalmente á continuación:

«Los padres de una muchacha llamada Paisia, murieron dejándola una casa, y ella, al verse huérfana, decidió hacer de su casa una posada para los religiosos del desierto de Sceté. Durante algún tiempo así fué. Mas cuando hubo consumido su patrimonio, los hombres perversos la inclinaron hacia el mal y por fin la hicieron caer en el pecado. Los religiosos que lo supieron affigiéronse y llamaron al más anciano de ellos y le dijeron:—Hemos sabido que esa muchacha se conduce mal; y como cuando podía se mostraba caritativa para con nosotros, ahora nosotros debemos hacer lo

ropio con ella. Ve, pues, á buscarla y haz lo que te parezca, según lo que Dios te dé á entender con sus luces. El anciano fué á la alcaza donde vivía Paisia y llamó á su puerta y dijo á la mujer que le abrió:—Anuncia mi visita á tu ama.—Pero la mujer respondióle:—Vosotros os comisteis lo que ella heredó y ahora ella es pobre—. Entonces el anciano repitió:—Anúnciame, pues puedo serle útil—. La mujer, riendo, exclamó:—¿Qué puedes tú darle para insistir tanto en verla? Luego fué á anunciar al anciano y Paisia le dijo:—Esos religiosos viajan por las orillas del mar Rojo y encuentran á veces perlas de alto precio—. Inmediatamente adornóse y lo hizo entrar. Y cuando entró, el anciano fué derecho á ella mirándola fijamente y le habló así:—¿Por qué ofendes á Jesús con tu vida?—. Ante esas palabras la cortesana se echó á llorar y el anciano lloró también. Ella preguntóle:—Padre, ¿por qué lloras?—. El levantó la cabeza y dijo:—¿Cómo no he de llorar si veo á Satanás que te posee?—. Entonces la infeliz informóse de la posibilidad de hacer penitencia. En seguida murmuró:—Llévame adonde quieras—. El contestó:—Vamos—. El salió y ella salió detrás de él; y como ella no dijo nada á sus criadas, el fué muy sorprendido. Cuando llegaron á un lugar desierto, era de noche y él le hizo una almohada

de arena y después de orar le habló para que durmiera. Cerca durmió él también, pero en medio de la noche despertóse y vió una vía luminosa que descendía desde el cielo hasta el lugar en que la cortesana dormía, y en esa vía descubrió á los ángeles que se llevaban un alma. Levantóse y fué á despertar con el pie á Paisia, mas ella estaba muerta y entonces él arrodillóse para pedir á Dios misericordia por la pecadora. De pronto oyó una voz celeste que le decía:—Su penitencia de una hora es más preciada que otras penitencias que duran años y que son menos fervorosas.»

El sabio Gayet, que nos leyó anoche esta linda página, contentóse con ponerla un breve comentario en el cual la califica de poco poética. Y yo me pregunto, ¿cómo un hombre de exquisito gusto puede así desconocer el hondo, el admirable, el divino candor de tan suave leyenda? ¿Es por encontrarla algo seca en su desnudez de imagen de vidriera bizantina?... ¿Es por su rapidez algo brusca?... No... Más bien debe ser porque la leyenda de Taisia muerta en pleno desierto, destruye otra bella leyenda de la cual es inventor el mismo sabio Gayet. En efecto, ¿habéis oído hablar de la momia de Thais descubierta en Antinoé hace unos cuantos años y conservada en el museo Guimet de París? El explorador que la encontró en una tumba de piedra,